

ANTHONY BURGESS

VACILACIÓN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE DAVID HORACIO COLMENARES

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Tremor of Intent*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1966 by The Estate of Anthony Burgess
© de la ilustración de la cubierta, by The Bridgemark Art Library
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-92649-13-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 29 570-2009

Ilustración de la cubierta, detalle de
La cocina de Pulcinella, de Giambattista Tiepolo,
Leeds Castle, Kent, UK

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La situación es la siguiente. He abordado el crucero gastronómico en Venecia, conforme a lo planeado, y, mientras escribo, el *Polyolbion* navega hacia el sudeste en medio de un magnífico verano adriático. En Pula todo está en orden. D. R. llegó hace tres días para remplazarme, y brindamos toda la noche recordando viejas aventuras. Estoy fuerte y sano, excepto por mis dos males crónicos, la satiriasis y la glotonería, que en todo caso tienden a anularse mutuamente. Dudo mucho que durante este viaje de ida tenga ocasión de permitirme cualquiera de las dos (pasado mañana estaremos en pleno mar Negro), pero se me hace la boca agua de tan sólo pensar en la semana de holgada glotonería—despreocupado y satisfecho por el deber cumplido—que me espera al regreso. Estambul, Corfú, Villafranca, Ibiza, Southampton. Y finalmente seré libre. Asunto concluido. Al menos para mí. Pero ¿qué será del pobre Roper?

De acuerdo con lo previsto, D. R. me ha dado las ampollas de PSTX. Traigo preparada la jeringa y conozco bien el procedimiento. De hecho, una suerte de aparición anticipada del pobre Roper yace en la otra litera de este camarote interior. Tuve que explicarle al sobrecargo que, debido a un desafortunado imprevisto, mi amigo, el señor Innes, tuvo que regresar a Murflater; pero que nos alcanzará más tarde en Yarylyuk, por tren, *ferry* o el medio que sea. Ningún problema, dijo, siempre que quede claro que no recibirá descuento alguno por los dos mil quinientos kilómetros de viaje en crucero (es decir, de atracones y fornicación) que se perderá. De acuerdo. En cuanto a Roper, todo está listo, incluyendo su nueva identidad: John Innes, experto

en fertilizantes. El barbado hombre de goma de Metfiz me mira con tristeza desde el pasaporte del señor Innes. ¿Qué destino no le ha tocado en suerte a este versátil maniquí? Ha sido un alcahuete de Mdina, un programador sifilítico de los alrededores de Palaiokastrisa, un joven diácono de la Iglesia Ortodoxa griega, cierto R. J. Geist—poseedor de la fórmula—, e incluso un distinguido intelectual ucraniano atacado por sus denuncias de pederastia en el Presídium. Ahora es nada menos que John Innes: firme huevera para un Roper en cáscara.

Entiendo perfectamente, señor, el apremio del gobierno de Su Majestad por traer a Roper de regreso. Ha habido cuestionamientos en el Parlamento, sobre todo desde que la agencia TASS difundió con júbilo los avances decisivos en la investigación de combustibles para cohetes y la cadena Eurovision transmitió imágenes de la bestia del Apocalipsis desfilando un Primero de Mayo por Moscú. En cambio, no consigo entender la razón por la cual me han encomendado, justo a mí, efectuar la repatriación de Roper; a no ser que se deba a la total y absoluta confianza que—modestia aparte—diría que me he ganado a pulso durante estos quince años de servicio al Departamento. Pero seguramente no se le escapa, señor, que sobrevive en mí un vestigio de simpatía hacia mi antiguo compañero de colegio, y sin duda estará al tanto de que, hasta el momento de su desertión, Roper y yo sostuvimos una especie de amistad, aunque repleta de lagunas: la guerra, la paz, su matrimonio, mi nombramiento en Pula. La última comunicación de Roper con Occidente fue aquella postal que me envió, con un mensaje en clave que sigue dando quebraderos de cabeza a los descifradores: «Cuatro menos dos minutos... sus entrañas... están manchadas con la sangre de los mártires». Aclaremos de una vez por todas algunas cosas sobre Roper. El primer enfoque no funcionará con él: estoy

convencido de que es imposible persuadirlo de cualquier regreso. Como buen científico, cree firmemente que debemos dejar atrás el pasado. Jamás desperdió un segundo espulgando antiguas respuestas abandonadas. Se podría decir que Roper es un hereje, siempre que se añada que su herejía es la misma que usted suscribe: la creencia de que la vida puede mejorarse y el hombre ennoblecerse. No me corresponde a mí, desde luego, juzgar semejante estupidez. Tener una filosofía no es asunto de mi competencia: yo no soy sino un técnico especializado.

Permítame señalarle que entiendo cabalmente la razón por la que me sugiere dos cursos de acción respecto a Roper: primero la persuasión, después la fuerza. Se trata sin duda del valor propagandístico de la libertad de elección, aunque las cartas oficiales escondidas bajo el forro de mi chaqueta pregonan fantásticos ofrecimientos. Un mes más tarde, finalmente, habrá un juicio. En cualquier caso, confrontaré a Roper. No planeo hacerlo bajo mi verdadera identidad, sino disfrazado del señor Sebastian Jagger—desde luego, el hombre de goma no fue necesario para falsificar mi pasaporte—. Jagger, técnico especializado en máquinas de escribir. ¿Por qué no me habéis bautizado de una vez Quert Yuiop? Después de desembarcar, Jagger se transformará ágilmente, en el lavabo de algún restaurante, en un eslavo hecho y derecho. Si todo sale según lo previsto, me dirigiré en taxi a donde quiera que Roper se encuentre a esas horas de la noche, para escamoteárselo a los delegados de esa *syezd* científica. Entonces retomaré mi rancia identidad del pasado, evocando no sólo el tufo de ese Occidente que no supo darle respuestas, sino también el propio olor de Roper: el de una antigua fórmula en desuso.

¿En verdad cree usted que es posible persuadir a Roper? O más bien, ¿cree que puedo encontrar en mí la capacidad de persuadirle? Puesto que ésta es mi última misión,

le expresaré con franqueza mis dudas: ¿estaré yo mismo lo bastante convencido como para intentar convencer a alguien más? Lo cierto es que todo esto, señor, no ha sido más que un condenado juego; los planes de destrucción masiva, el furor por los misiles, las alertas preventivas: meras piezas en el tablero. Pero usted sabe mejor que yo que nadie piensa acabar con nadie. El concepto mismo de «holocausto nuclear» es tan fantasioso como la piedra especular o cualquier superchería medieval. Algún día los antropólogos discutirán, con disimulada estupefacción, sobre el aspecto lúdico de nuestros ceñudos coqueteos con el suicidio colectivo. En cuanto a mí, he de decir que siempre he representado el papel de un buen técnico, virtuoso de los idiomas, ágil, diestro e impávido. Fuera de esto me considero un vacío, apenas un oscuro fardo de habilidades. Ciertamente tengo un ideal de vida, pero ninguna ideología me conducirá a éste mejor que otra. Me refiero, por supuesto, a un piso acogedor, un abastecimiento adecuado de bebidas, un tocadiscos y una grabación completa de *El anillo de los nibelungos*. No me molestaría deshacerme del resto de mis apetitos, ya que representan la enfermedad, y la enfermedad, además de ser onerosa, nos quita autonomía. Un médico que conocí en Mohammedia durante una misión relacionada con el tráfico de hachís me aseguró que una simple operación remediaría mis dos principales dolencias, puesto que al parecer están emparentadas. En último término desearía tener una cabaña espaciosa en algún vasto lago nórdico rodeado de pinares, oxígeno, clorofila por doquier y barcos de vapor tocando la sirena entre la bruma. El bar a bordo del *Männikkö* está lleno de licores con nombres enigmáticos: *Jubannus*, *Huhtikuu*, *Edustaja*, *Kreikka*, *Silmäpari*. El capitán, que tiene considerables ingresos personales, insiste en invitar las rondas, y aunque se emborracha como una cuba nunca llega a ser grosero. Hay,

además, comida succulenta: pescado en escabeche o en salmuera acompañado de pepinillos, lonchas de carne condimentada sobre pan de centeno...; y abundan las rubias de labios carnosos que darían cualquier cosa por tener amores salvajes con un desconocido. Prometo que algún día me haré dicha operación.

Le pido que atienda a mis glándulas y no a los informes del psicólogo: me encuentre sano, tanto mental como moralmente. Desapruebo el «Señor, hazme puro, pero no aún» de san Agustín: negligente, sin las citas del día debidamente consignadas en la agenda, la derogación del libre albedrío. Si usted realmente leyera esto, señor, habría percibido a estas alturas una relación entre san Agustín—de Canterbury, no de Hipona; no menos ilustre, aunque sí más aburrido—, Roper y yo.

El santo patrono del colegio católico de Bradcaster donde ambos estudiamos no era otro sino éste. Tal vez el nombre del colegio conste entre sus archivos, pero en cambio no conocerá su olor ni, para el caso, el olor de la ciudad donde se encuentra. Bradcaster huele a cuero curtido y a malta; a caballos de carga y a desagüe; a suciedad acumulada en viejas grietas; a polvo de ladrillo y a la madera de los bancos del tranvía; a picadillo y a empanadas con salsa de carne; a estofado de pata de buey y a cerveza. En cambio no huele, señor, a la Inglaterra de gente como usted o Rupert Brooke.¹ Nuestra escuela olía a catolicismo, es decir, al pesado paño negro de los hábitos sacerdotales; a incienso fétido y a agua bendita; a suspiros de ayuno y a pescado seco; a los rigores del celibato. No era un internado, pero el colegio podía hospedar a unos cuarenta estu-

¹ Poeta neorromántico inglés (1887-1915), cuya obra constituía una idealización jubilosa y optimista de la Primera Guerra Mundial, sin duda abonada por el hecho de haber muerto tempranamente. (*N. del T.*)

diantes. Dado que nuestras familias vivían muy lejos—yo era de Kent y Roper de Dorset—ambos teníamos que dormir ahí. Exiliados del sur, los dos habíamos solicitado una beca y la habíamos obtenido. Los mejores colegios católicos de Inglaterra están en el norte, quizá porque el anglicanismo, como la sangre de los pies cuando las arterias se entumescen, no consiguió subir con facilidad. Ahí tiene la católica Liverpool, una especie de Dublín venida a menos. Pues bien, henos ahí, dos exiliados del sur entre católicos viejos, irlandeses trasplantados y algún que otro hijo de diplomáticos extranjeros. Pese a ser católicos teníamos acento de protestantes: nuestras vocales eran arrastradas y carecían de la contundencia ortodoxa. Naturalmente, Roper y yo nos hicimos amigos. Siempre tuvimos camas y escritorios contiguos, pero nuestra relación no tuvo el más mínimo indicio de homosexualidad. De hecho sentíamos cierta aversión hacia el cuerpo del otro: jamás forcejamos, como es común entre amigos. Admito que su piel blancuzca, descubierta en las duchas o a la hora de dormir, me generaba cierta repulsión, como si se desprendiera de ella un olor a podredumbre. En cuanto a la heterosexualidad, verá, señor, en nuestro colegio eso recibía otro nombre: fornicación. Siempre se nos dejó bien claro que el acto sexual fuera del matrimonio era pecaminoso. Con excepción, desde luego, de aquellos extranjeros que eran católicos desde antes que nosotros, cosa que a nuestros ojos les confería privilegios de miembro fundador.

Me refiero a extranjeros de piel morena, como Cristo Gómez, Alf Pereira, Pete Queval o Donkey Camus, de tercero de secundaria. Tenían dinero y se lo gastaban en mujeres, por lo general en las que frecuentaban la esquina de Merle Street y London Road. Solían llevarlas al taller abandonado o a los vestuarios del campo de críquet (por entonces, un chico muy peludo de nombre Jorge de Tormes era

secretario del equipo titular). Incluso llegaron a llevarlas a la nueva capilla. Fueron descubiertos in fraganti, y todo culminó en una impresionante ceremonia de expulsión. Me pregunto qué habrá pensado el Santísimo Sacramento al ver esos traseros desnudos moviéndose en una de las naves de la capilla. Resulta sorprendente cuántas actividades de este tipo pasaron inadvertidas, teniendo en cuenta la fuerte aversión que el padre Byrne, rector del colegio, mostraba hacia el sexo. Acostumbraba hacer ronda por los dormitorios durante la noche, con un fuerte aliento a whisky Jameson, a la caza de pensamientos impuros bajo las sábanas. En ocasiones, tras hurgar bajo las sábanas con particular afán, se detenía al final del dormitorio y pronunciaba un sermón sobre la maldad del sexo. Tenía un agudo sentido irlandés de lo dramático, por lo que, en vez de encender las luces, iluminaba su rostro en plena rabieta con una linterna. Parecía la temible cabeza decapitada de un santo alzándose sobre los fuegos del infierno. Una de aquellas noches comenzó diciendo:

—El abominable sexo, muchachos... Oh, hacéis bien en retorceros en el lecho ante la simple mención de la palabra. Toda la maldad de nuestra época moderna brota de la sacrílega lujuria, el acto de los perros en la cama chirriante, los brazos y piernas moviéndose como pistones, el lenguaje articulado, un don divino, reducido a meros chillidos, gemidos y jadeos. ¡Es terrible! Una abominación ante los ojos de Dios y su santa Madre. La lujuria es la fuente de todos los pecados. Nos conduce al orgullo de la propia carne y a codiciar la carne ajena; a la ira que nos provoca la frustración del placer; a la gula, para alimentar al cuerpo agotado y ponerse nuevamente manos a la obra; a la envidia del vigo y las conquistas sexuales de los demás; a la pereza de entregarse a extenuantes fantasías de concupiscencia. Sólo el matrimonio es capaz de santificar el acto car-

nal, por obra y gracia del Espíritu Santo, pues se convierte así en el medio para engendrar almas nuevas y poblar el Reino de los Cielos.

Desde la penumbra, una voz aprovechó que el padre Byrne recobraba el aliento para decir:

—Mulligan engendró un alma nueva, y no estaba casado.

Fue Roper quien habló, y lo que dijo era cierto. Como todos recordábamos bien, Mulligan había sido expulsado por embarazar a una chica lugareña.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién osa hablar después de que se apaguen las luces?—exclamó el padre Byrne mientras nos acribillaba con su linterna.

—Yo—contestó Roper con desenfado—. Sólo quisiera preguntarle, padre—añadió con la luz en pleno rostro—, cómo es posible que algo malo pueda transformarse en bueno mediante una simple ceremonia. Es como creer que basta la bendición de un sacerdote para convertir a Satanás en un ángel. No veo cómo algo así puede ser posible.

—¡Levántate, muchacho! Levántate de la cama ahora mismo—gritó el padre Byrne haciendo señas con su linterna—. ¡A ver, tú, el del final del pasillo, enciende las luces!—Se oyeron pasos agitados y de pronto una cruda luz amarilla nos cegó—. ¡Al suelo, muchacho!—gritó el padre Byrne a Roper—, ponte de rodillas e implora perdón. ¿Quién te crees, sabandija, para poner en duda la omnipotencia de nuestro Señor Todopoderoso?

—Yo no he puesto nada en duda, padre—dijo Roper aún en la cama—. Tan sólo me he interesado por lo que usted acaba de decir, aunque es un poco tarde. —Roper sacó una pierna de la cama, como si probara la temperatura del agua desde una barca.

—Vamos, muchacho—gritó el padre Byrne—. ¡Arrodíllate en el suelo y reza!

—¿Por qué habría de rezar, padre?—preguntó Roper de pie junto a mi cama con su apretado y descolorido pijama azul—. ¿Para implorar perdón por la mente inquisitiva que Dios, en su infinita misericordia, me ha dado?

Roper tenía poco más de quince años, igual que yo.

—No, muchacho—dijo el padre Byrne con un repentino cambio de tono típicamente irlandés. Ahora su voz expresaba una serenidad melosa—. Porque has puesto en duda los milagros. Porque blasfemas negando que Dios—*in crescendo*—puede transmutar lo malo en bueno si ésa es su voluntad. De rodillas, muchacho. ¡A rezar se ha dicho!—*forte fortississimo*.

—¿Y por qué no lo ha hecho, padre?—preguntó Roper en tono desafiante, arrodillado como si estuviera a punto de ser investido caballero—. ¿Por qué el universo que todos deseáramos, un universo realmente unificado, no existe?

Que Dios nos ampare. Roper y su universo unificado. El padre Byrne sufrió entonces un ataque de hipo. Miró a Roper con severidad, como si él, y no el whisky, fuese responsable de su estado. Después alzó la mirada y dirigiéndose al resto de los presentes dijo:

—De rodillas, todos, *hip*. Todos, *hip*, a rezar. El maligno acecha, *hip*, perdón, este dormitorio.

Todos nos levantamos, salvo un niño pequeño que seguía dormido.

—¡Despertadle!—exclamó el padre Byrne—. ¿Quién es ese chico sin el pantalón, *hip*, del pijama? Imagino lo que, *hip*, estabas haciendo...

—Habría que darle un golpe en la espalda—dijo Roper con amabilidad—. O debería beber nueve tragos de agua.

—Dios Todopoderoso *hip*—comenzó el padre Byrne—, que conoces el corazón de estos *hip* muchachos. —De pronto, se percató del sacrilegio involuntario que cometía rezando en ese estado.